

LAS DIACONÍAS DE MOISÉS: MINISTERIO INTEGRAL

(LA CONSTRUCCIÓN DE LA COMUNIDAD EN EL REINO DE VIDA)

POR LUCIANO JARAMILLO CÁRDENAS

INTRODUCCIÓN

Ministerio integral

Está de moda hablar de «Ministerio integral». En realidad, es un tema recurrente en toda la Escritura. Y queda difícil explicar lo que significa el «Reino de Dios» sin incluir y considerar este concepto, que más que un concepto es una realidad, dentro de la misma realidad del «Reino». Lo que yo descubro en las Escrituras es a un Dios interesado en el «ser humano» total; no solo en su parte espiritual o material. Con Cristo pasa lo mismo. El reino de Dios debe, pues, ejercerse en la realidad completa y no solo en una parte de la misma; y me imagino que cuando hablamos de «Reino de vida» estamos pensando en toda la vida, toda clase de vida, todas las esferas donde se ejerce la vida: física, espiritual, social, intelectual, emocional, etcétera.

Ministerios, diaconías

Lo que Dios llama a entregar como servicio o aporte en la construcción de su reino lo llamamos de muchas maneras: siguiendo su origen en el griego y el latín podemos llamarlo *ministerios* o *diaconías*: *servicios*. El padre de la Iglesia, Gregorio de Niza, dice que «Moisés fue llamado a servir, y que lo único que hizo fue eso: *servir*». Por eso en esta charla, he querido enfocar el ministerio de Moisés, como ejemplo de lo que es un ministerio integral, con el nombre de **Diaconías de Moisés**. Veremos que el ministerio al que Dios llama a Moisés es variado y múltiple y en conjunto, constituye un «ministerio integral»

Primera diaconía: Diaconía Socio-política

«Pero el Señor siguió diciendo: —Ciertamente he visto la opresión que sufre mi pueblo en Egipto. Los he escuchado quejarse de sus capataces, y conozco bien sus penurias. 8 Así que he descendido para librarlos del poder de los egipcios y sacarlos de ese país, para llevarlos a una tierra buena y espaciosa, tierra donde abundan la leche y la miel» (Éxodo 3:7-10).

Es interesante que el primer ministerio al que Dios llama a Moisés es eminentemente mundano: socio-político. Y tiene tintes migratorios: sacar a sus paisanos de las garras de la dominación faraónica y conducirlos a una nueva tierra que «mana leche y miel»; ciertamente una especie de «sueño» americano, como el que ilusiona a tantos paisanos del centro y sur del continente. Podemos

especular —hasta legítimamente aplicando una correcta hermenéutica— que esta diaconía sigue teniendo vigencia hoy en día, como parte de la misión de la iglesia en nuestro continente y particularmente en muchos de nuestros países, sin excluir los grandes países del Norte. El problema de masas oprimidas y discriminadas de hombres y mujeres que sufren las angustias de la «ilegalidad» y se ven privadas de un trabajo digno y un estatus socio-económico que les permita suplir las necesidades básicas de sus familias, es un permanente desafío para la iglesia y para los cristianos.

Segunda diaconía - Diaconía de la lucha

Esta diaconía debe acompañar todas las demás diaconías como un sello del que se propone construir el Reino, por encima de todos los obstáculos. La salida de Egipto, después de las plagas, es apenas para Moisés el principio de un ministerio difícil y tortuoso, cuyo carácter fundamental es el de la «lucha». Las luchas de Moisés son un paradigma de las luchas que como ministros o servidores debemos confrontar todos los que hemos aceptado ser parte del ministerio como obreros del Reino. Estas luchas se dan en todas las formas y tamaños: luchas internas y externas; contra enemigos visibles e invisibles. Pablo nos advierte de las más tenaces y difíciles: «Porque nuestra lucha no es contra seres humanos, sino contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales» (Ef 6:12).

El ministerio no es una profesión fácil, quien así lo diga está equivocado. Es como el reino de los cielos que solo los «valientes» lo arrebatan (Mt 11:12). Quizás a esto se refería Jesús cuando aconsejaba a sus discípulos que se armaran, vendiendo su manto «para comprar una espada» (Lc 22:36). Para ejercer el ministerio en general y especialmente rendir la diaconía de la lucha como lo hizo Moisés debemos ponernos «toda la armadura de Dios, para que cuando llegue el día malo puedan resistir hasta el fin con firmeza. Manténganse firmes, ceñidos con el cinturón de la verdad, protegidos por la coraza de justicia, y calzados con la disposición de proclamar el evangelio de la paz. Además de todo esto, tomen el escudo de la fe, con el cual pueden apagar todas las flechas encendidas del maligno. Tomen el casco de la salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios (Ef 6: 213-17).

Tercera diaconía - Diaconía del pan y el agua

El capítulo 15 del libro de Éxodo nos presenta un panorama de contrastes. Toda la primera parte del mismo canta las glorias de Yawhé, en un himno de altísimo vuelo épico que muestra el poder del Señor abriendo camino en las aguas del mar para que pase su pueblo sano y salvo a la otra orilla del desierto, dejando un reguero de destrucción y muerte entre sus enemigos. Pero el capítulo termina con una nota de dolor y prueba para el ministerio de Moisés. Después de tres días de camino, sufriendo hambre y sed se encuentran con las aguas amargas de Mara que no podían beber. En esta oportunidad la fe de Moisés en el poder de su Dios triunfa sobre el disgusto y las críticas del pueblo. Un trozo de madera arrojado a

las aguas amargas las convirtió en dulces. El milagro dio ocasión para proclamar la norma de conducta que debe regir la relación de Dios con su pueblo: «Yo soy el Señor su Dios. Si escuchan mi voz y hacen lo que yo considero justo, y si cumplen mis leyes y mandamientos, no traeré sobre ustedes ninguna de las enfermedades que traje sobre los egipcios. Yo soy el Señor, que les devuelve la salud» (Éx 15:26).

El servicio de Moisés como aguatero se va a complementar con el de proveedor de alimentos, y de buena calidad: maná y codornices. Esta diaconía de Moisés debió ejercerla también en medio de disgustos y críticas. Y es el mismo Dios quien saca la cara por su siervo y a través de Aarón les manda a decir: «Esta noche comerán carne y mañana por la mañana se hartarán de pan» (Éx 16:11-12). La lección es obvia. La iglesia, como pueblo de Dios, constructora de su reino entre los hombres no puede desentenderse de las necesidades básicas, como es el techo y el alimento. Se dice y se repite que es difícil predicar el evangelio a gente con el estómago vacío.

Cuarta diaconía - Hacer comunidad

Esta diaconía está estrechamente relacionada al concepto básico de «iglesia», «pueblo y Reino de Dios». Es tanto como «crear comunidad» con sentido de cooperación, responsabilidad y solidaridad. Deuteronomio 1: 9-18, describe la forma sabia y magnífica como Moisés ejerció esta diaconía: «En aquel tiempo les dije: "Yo solo no puedo con todos ustedes. El Señor su Dios los ha hecho tan numerosos que hoy son ustedes tantos como las estrellas del cielo. ¡Que el Señor, el Dios de sus antepasados, los multiplique mil veces más, y los bendiga tal como lo prometió! ¿Cómo puedo seguir ocupándome de todos los problemas, las cargas y los pleitos de ustedes? Escojan de cada una de sus tribus a hombres sabios, inteligentes y experimentados, para que sean sus jefes". Ustedes me respondieron: "Tu plan de acción nos parece excelente". Así que tomé a los líderes de sus tribus, hombres sabios y experimentados, y les di autoridad sobre ustedes. Los puse como jefes de grupos de mil, de cien, de cincuenta y de diez, y como funcionarios de las tribus. Además, en aquel tiempo les di a sus jueces la siguiente orden: "Atiendan todos los litigios entre sus hermanos, y juzguen con imparcialidad, tanto a los israelitas como a los extranjeros. No sean parciales en el juicio; consideren de igual manera la causa de los débiles y la de los poderosos. No se dejen intimidar por nadie, porque el juicio es de Dios. Los casos que no sean capaces de resolver, tráiganmelos, que yo los atenderé". Fue en aquel tiempo cuando yo les ordené todo lo que ustedes debían hacer» (Dt 1:9-18).

Moisés lleva el peso de las cargas de sus hermanos: sus defectos, sus críticas, sus desencuentros, dificultades y conflictos. Pronto se da cuenta, con el consejo de su suegro, Jetro, que solo no puede. Necesita la ayuda de otros. Es una realidad que nosotros los líderes muchas veces nos negamos a aceptar. No hay peor situación para una comunidad o grupo que la de tener un líder que se cree indispensable e irremplazable. Como me comentaba muchas veces mi obispo,

cuando le comunicaba la resistencia de algunos sacerdotes a ser remplazados: «Todos los padres eternos terminan crucificando a sus hijos». Diaconía delicada e importante que debe ejercer el auténtico líder: descubrir, reclutar y preparar líderes que compartan responsabilidades y hagan efectivo el sentido de cuerpo, de iglesia en el Reino, que no es nuestro reino, sino el Reino de Dios y del cual él es único Señor indispensable e irremplazable.

Quinta diaconía - Diaconía del consejo, de la asistencia y consuelo

Un líder auténtico es el que se crece ante las dificultades y asiste a su pueblo y a su gente, cuando más lo necesita, con visión de fe y confianza: aconseja, orienta y decide. Comparte su visión y sabiduría con otros, los consuela, orienta y anima: «—No tengan miedo —les respondió Moisés—. Mantengan sus posiciones, que hoy mismo serán testigos de la salvación que el Señor realizará en favor de ustedes. A esos egipcios que hoy ven, ¡jamás volverán a verlos! Ustedes quédense quietos, que el Señor presentará batalla por ustedes» (Éx 14: 13-14).

El don del consejo es uno de los dones del Espíritu indispensables para todo el que ejerce funciones de ministro o líder en la iglesia de Dios. Moisés es el hombre que asiste con su inteligencia y valor en los momentos difíciles de su gente. No es solo el líder que da órdenes, controla y manda, sino el que aconseja, anima y asiste. Es interesante que a renglón seguido en el pasaje que hemos citado, Moisés mismo necesita ánimo y asistencia. Tiene miedo, no se atreve. Se muestra desorientado, indeciso, sin saber a ciencia cierta qué es lo que debe hacer. Dios tiene que venir en su rescate: «Pero el Señor le dijo a Moisés: “¿Por qué clamas a mí? ¡Ordena a los israelitas que se pongan en marcha! Y tú, levanta tu vara, extiende tu brazo sobre el mar y divide las aguas, para que los israelitas lo crucen sobre terreno seco. Yo voy a endurecer el corazón de los egipcios, para que los persigan. ¡Voy a cubrirme de gloria a costa del faraón y de su ejército, y de sus carros y jinetes! Y cuando me haya cubierto de gloria a costa de ellos, los egipcios sabrán que yo soy el Señor”» (Éx 14:15-18).

Lo importante es que, a pesar de su debilidad y vacilación, Moisés tiene los arrestos para ayudar a los otros, para animar e impulsar a la gente. Su vocación, como la nuestra se concreta, más y más, en atender las necesidades de la gente. Y es que por encima de nuestras necesidades espirituales, psicológicas y morales, y a pesar de ellas, tenemos frente a nosotros, como Moisés, un pueblo y una gente que necesita que se le estimule, se le guíe, oriente y anime a marchar, a avanzar.

Sexta diaconía - diaconía de la oración y la intercesión

Hemos llegado a una de las diaconías y ministerios claves. Se trata de un servicio superior que define la vocación de Moisés y nuestra propia vocación como líderes, servidores y ministros del Reino. Moisés es el gran intercesor de su pueblo. ¿Y nosotros pastores y líderes? Cada día debemos orar y nuestra oración intercesora debe tener prioridad, a la manera de Moisés, de Pablo, de

Cristo. El pasaje del capítulo 17 del libro de Éxodo es hermoso, inspirador y paradigmático. Es fascinante la escena de guerra entre un ejército aguerrido y poderoso, como el de los amalecitas y el pequeño grupo de guerreros del pueblo de Dios. Pero la parte importante y fascinante de esta confrontación la tenemos no en el campo de batalla, sino en la cima de la montaña donde Aarón y Jur sostienen en alto las manos orantes de Moisés: «Mientras Moisés mantenía los brazos en alto, la batalla se inclinaba en favor de Israel; pero cuando las bajaba, se inclinaba en favor de los amalecitas» (Éx 17:11-12).

Debemos ser pastores, ministros y líderes de manos levantadas. En la oración está el secreto de la victoria.

Aunque la oración de Moisés no es solo intercesora sino solidaria: debemos orar con el pueblo y por el pueblo. Con y por el pueblo allí y así como estén. Es fácil apreciar y rodearnos de los «buenos». Pero el Dios de la Biblia y Moisés no son como el Chapulín Colorado, que dice: «¡Sígueme los buenos!». En sus acciones y hechos de misericordia, a través de su relación con un pueblo de «dura cerviz», nuestro Dios es el Dios de los malos, los pecadores, los necesitados de perdón y redención. Lo dijo Jesús: «No fui enviado sino a las ovejas perdidas...» (Mt 15:24). Y lo comprueba por medio de sus parábolas. El gesto de Moisés en el pasaje del becerro de oro que indigna sobremanera a Dios, es elocuente e inspirador. Moisés intenta apaciguar al Señor, después de que el mismo Dios lo rechaza con una frase dura: «¡Tú no te metas!» (Éx 32:10). Cualquiera se hubiera sentido descalificado. Pero Moisés insiste en ejercer su función intercesora por su pueblo: «Moisés intentó apaciguar al Señor su Dios, y le suplicó: — Señor, ¿por qué ha de encenderse tu ira contra este pueblo tuyo, que sacaste de Egipto con gran poder y con mano poderosa? ¿Por qué dar pie a que los egipcios digan que nos sacaste de su país con la intención de matarnos en las montañas y borrarlos de la faz de la tierra? ¡Calma ya tu enojo! ¡Aplácate y no traigas sobre tu pueblo esa desgracia!» (Éx 32:11-12).

Sin embargo, la calidad de la personalidad de Moisés como intercesor, luce aún más al final del pasaje cuando vuelve para hablar con el Señor y le dice: « Volvió entonces Moisés para hablar con el Señor, y le dijo: — ¡Qué pecado tan grande ha cometido este pueblo al hacerse dioses de oro! Sin embargo, yo te ruego que les perdones su pecado. Pero si no vas a perdonarlos, ¡bórrame del libro que has escrito!» (Éx 32:31-32). Es sorprendente la identificación y solidaridad de Moisés con su pueblo, al punto que no quiere salvarse solo, sino con él.

Séptima diaconía - Diaconía de la Palabra. Esta excelsa diaconía da sentido y proyección a todas las diaconías. Es más, todas ellas se ejercen utilizándola como medio de comunicación que da sentido a los diversos servicios o ministerios. El servicio de la Palabra es el que en último término define la vida y ministerio de Moisés y nuestra propia vida y ministerio. Moisés es, sobre todo y ante todo, el que lleva al pueblo la Palabra de Dios.

«Después de partir de Refidín, se internaron en el desierto de Sinaí, y allí en el desierto acamparon, frente al monte, al cual subió Moisés para encontrarse con Dios. Y desde allí lo llamó el Señor y le dijo: “Anúnciale esto al pueblo de Jacob; declárale esto al pueblo de Israel...”» (Éx 19:2-3). Los verbos declarativos que revelan y confirman la misión de Moisés como comunicador de la Palabra y pensamiento divinos se repiten y se repiten: «Anúnciales, declárales, comunícales». Moisés es el servidor eminente de la Palabra de Dios ante su pueblo; y este acepta de buen agrado esta diaconía de Moisés: «Moisés volvió y convocó a los ancianos del pueblo para exponerles todas estas palabras que el Señor le había ordenado comunicarles, y todo el pueblo respondió a una sola voz: “Cumpliremos con todo lo que el Señor nos ha ordenado”» (Éx 19:7-8). Así que Moisés le llevó al Señor la respuesta del pueblo: «Cumpliremos con todo lo que el Señor nos ha ordenado». Todo esto justifica que se haya elegido la figura de Moisés para atribuirle, como autor, el libro de la Ley.

La vocación de Moisés y nuestra vocación

La vida cristiana y especialmente el ministerio cristiano, según las Escrituras, se caracteriza por su dimensión de servicio: servicio a nuestros hermanos, a nuestro prójimo, al ser humano en todas sus dimensiones; al hombre y a la mujer en su totalidad.

Implica y compromete a toda la persona: entrega de sí mismo a los demás. Cuando Dios llama, toma posesión del elegido, se apropia de su vida y requiere un servicio y entrega de tiempo completo. El elegido, como Moisés, ya no es dueño de su vida. La ha entregado a Dios, para servicio de sus hijos. Es en este marco de dedicación completa donde adquieren sentido todas las diaconías de Moisés: liberación, alimento, consejo, asistencia integral, oración y Palabra.

Jesús forma a sus discípulos en el servicio integral. El Evangelio de Lucas es un buen ejemplo de lo que estamos diciendo. Hay evidentemente en el trascurso de la narrativa de Lucas un proceso progresivo de formación para el servicio. Las dos sesiones bien marcadas del evangelio lo comprueban: la primera sesión – capítulos del 4 al 9– parábolas, discursos, milagros que sensibilizan a los discípulos al sufrimiento y a las necesidades de la gente: enfermedades, dolores, tragedias, etcétera. Es una formación diaconal de profunda humanidad. En la segunda sesión –capítulos 10-18– cambian las cosas. Disminuyen los milagros, aumentan las enseñanzas. Jesús se dedica a la formación de su pequeño rebaño. Palabras cortantes y juicios duros y exigentes: «Si alguno viene a mí y no sacrifica el amor a su padre y a su madre, a su esposa y a sus hijos, a sus hermanos y a sus hermanas y aun a su propia vida no puede ser mi discípulo. Y el que no carga su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo» (Lc 14:26-27). Se hace sentir la fuerza y exigencia de la Palabra del Maestro que lleva al compromiso en el seguimiento y ejercicio del ministerio.

Ciertamente que quienes hemos abrazado auténticamente el ministerio como vocación y vida sabemos por experiencia que hay renunciaciones que hacer, compromisos que contraer y sacrificios que realizar para seguir a Cristo. Es lo que

el mismo Jesús identifica como «negarse a sí mismo y cargar la cruz». Todo se resuelve positivamente en un acto de fe y confianza que nos permite abandonarnos en las manos del Padre. Se produce una nueva vida, una relación de cercanía con Dios y con Cristo que no es más que la vida del Reino fértil y fructífera en nuestra vida y ministerio.

Ponernos al servicio de Cristo y de la Palabra.

El proceso es el seguido por Cristo y registrado por Lucas. Dos fases fundamentales: una educación en el servicio a la humanidad; y una educación en las exigencias del Evangelio que nos llevan a dos niveles diaconales de compromiso: servicio a las necesidades de nuestros semejantes a través de un ministerio integral, para el cual nada es ajeno o extraño mientras represente la necesidad del prójimo; y servicio de la Palabra de vida, que completa y complementa toda clase de servicio y ministerio.

No olvidemos que la meta final es la salvación de los que servimos; y compromete tanto al que da como al que recibe. Es, cuando podemos recitar al unísono con Cristo el hermoso pasaje de Isaías, que vale para nosotros y nuestro ministerio, como valió para nuestro Maestro:

«El Espíritu del Señor está sobre mí,
por cuanto me ha ungido
para anunciar buenas nuevas a los pobres.
Me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos
y dar vista a los ciegos,
a poner en libertad a los oprimidos,
a pregonar el año del favor del Señor».

Luciano Jaramillo Cárdenas
Julio de 2012